

## CAPITULO XVIII

## La laguna de Texcoco

El bote en que vimos embarcarse a Clotilde y demás pasajeros que dejamos nombrados en nuestro capítulo anterior, se deslizaba suavemente por el estrecho canal de San Lázaro.

Núñez permanecía inquieto en el mismo sitio en que lo dejamos, mirando alejarse a los viajeros.

En el instante en que el bote se perdía de vista, se presentó a caballo otro joven que se acercó a Núñez.

—¿Ha partido ya el bote?—preguntó con afán el recién llegado.

—Sí, Leopoldo; hace un momento.

—¿Y Clotilde?

—Marchaba triste como la víctima que llevan al sacrificio.

—¡Pobre amada mía! —exclamó Leopoldo con acento de profunda melancolía—. Desde que ese infame Duval se interpuso con su infernal amor entre nosotros, no ha disfrutado la infeliz un instante de tranquilidad. Los días han sido para ella, lo mismo que para mí: una cadena de sinsabores y de lágrimas, que ha eslabonado el fatal destino. Pero emprendamos nuestro viaje a Texcoco; sigamos los pasos de esos dos hombres temibles que tratan de vencernos en la lucha que se ha emprendido; agite usted el asunto del manuscrito para que triunfe la inocencia de mi honrado padre, y sea usted el ángel que vele por el ser más bello y puro de la tierra.

Y los dos amigos, arrimando las espuelas a sus caballos, tomaron el camino de Texcoco por la ancha calzada que se extiende a la derecha del canal.

—Sí; no descansaré hasta triunfar de los infames. Necesito que mi alma y mi cuerpo se ocupen con actividad de los asuntos ajenos para disipar las penas y el sentimiento que prensan mi corazón. Usted, al menos, puede seguir a su amada...; puede verla triste, pálida, hermosa y sin consuelo, padeciendo por usted..., manteniendo esa dulce esperanza que embalsama la existencia... Pero yo..., ¡yo, que ignoro dónde se halla el ángel de mi ventura...! ¡Yo, que la he buscado por todas partes sin resultado favorable...; yo, que he perdido la esperanza de verla y abrazarla...;

yo soy mil veces más desdichado que usted!, tan desdichado como nuestro fiel y desgraciado amigo Rafael.

—¡Es verdad!

—El pobre Rafael, dotado de una sensibilidad igual a la mía, pero con menos vigor que yo para soportar la desgracia, ve consumirse su vida bajo el peso de la tristeza y del pesar.

»Agobiado por el sentimiento y el dolor de haber visto arrebatarse de su lado a la mujer que amaba; separado de todos los placeres y diversiones del mundo, sin más pensamientos que el de su adorada Luz, el desventurado camina a la muerte, como una planta privada de los fecundantes rayos del sol y del benéfico rocío.

Leopoldo, abundando en las mismas ideas que su amigo, contestó:

—Sí; es muy cierto. Rafael es uno de los hombres que más padecen en el mundo; y por eso el infeliz, no hallando placer alguno sobre la tierra, ha ido a buscar en el estuendo de las armas la distracción y la muerte.

—¿Sabe usted si ha llegado ya a San Luis?

—Sí, se encuentra en aquella ciudad donde se está reuniendo el ejército que ha de conducir Santa-Anna para combatir al general norteamericano Taylor. Es un excelente médico, y me ha asegurado que el ejército lo quiere sobremanera.

—Como lo quieren cuantos tienen la dicha de tratarlo. Nunca he tenido tanto empeño como ahora en descubrir el paradero del objeto de su amor. ¡Cuánto daría por poderle escribir: amigo mío, ven; ven a México; al lado de tus leales amigos, porque la mujer que amas, la mujer por quien corres en busca de la muerte, ha aparecido...; te espera ansiosa de abrazarte!

—¿Y espera usted que llegará ese día?

—Sí, lo espero, porque tengo fe en el triunfo de la conciencia...; porque tengo fe en que usted, él y yo, veremos el término de nuestras desgracias, para penetrar en el mundo de la felicidad, de la calma, del placer, donde nos espera a cada uno, lleno de ternura y de cariño, el dulce objeto de nuestro amor..., el encanto de nuestra vida..., el alma de nuestra alma.

Y ambos, abismados en aquella conversación de amores, la más grata para los amantes, continuaron su camino, dejando ir a sus corceles libremente.

¡Oh, qué dulces son esos momentos de expansión, en que dos almas, heridas por un mismo sentimiento, se comu-

nican sus penas, sus pensamientos, sus goces y sus proyectos!

¡Mil y mil veces se han referido tal vez la historia de sus amores; cada uno sabe todos los secretos y afectos del otro, y sin embargo, siempre se escuchan y se oyen con gusto, con ternura, con placer, y siempre parece que es la vez primera que se cuentan y se escuchan!

Leopoldo y Núñez caminaban gratamente engolfados en su conversación.

Entre tanto, el bote marchaba por el estrecho canal con dirección a Texcoco.

Al llegar a un punto, llamado «El Rancho», los remeros saltaron a tierra para tomar un trago de «pulque».

A los pocos instantes el bote siguió cortando las sucias y asquerosas aguas del canal, sobre cuya superficie flotaban las inmundicias que se arrojan de la ciudad por el repugnante sitio de San Lázaro.

Clotilde marchaba al lado de Inés, triste y cabizbaja, sin despegar los labios, con la santa resignación de la virtud.

La compasiva Inés la miraba con profunda compasión y ternura, y acariciaba una de las manos de la hermosa joven entre las suyas mórbidas y redondas.

Willey y Duval, separados un poco de ellas, hablaban en voz baja de sus proyectos y de sus esperanzas.

Landeta se entretenía en la lectura de algunos periódicos de aquel día.

El bote, entre tanto, corría velozmente.

A medida que avanzaba hacia la laguna, era menor la suciedad del estrecho canal que cruzaban.

Pronto tocaron el término de éste, y se descubrió a la vista la pintoresca laguna de Texcoco, rodeada por todas partes de alegras pueblecillos que la encierran como las molduras de un brillante espejo, o como las perfumadas flores que cercan un estanque.

A la vista de este salobre lago, mil recuerdos históricos, a cual más seductores, saltan a la imaginación del curioso observado.

Transportáronse de súbito a la historia de otros tiempos, a la sublime epopeya de la conquista, parecele ver cruzar por aquella tersa superficie, tendiendo al viento las hinchadas velas como otros tantos y blancos cisnes desplegando las alas, las trece embarcaciones mandadas construir por el célebre Hernán Cortés, para la toma de la populosa México, hechas bajo la acertada dirección del experimentado carpintero y soldado, Martín López, y conducidas des-

de Tlaxcala en hombros de los indios, y por caminos y desfiladeros intransitables.

Allí, a la orilla de la extensa laguna se levanta, en primer término, blanca y majestuosa, la Villa de Guadalupe, con su rico y magnífico Santuario, y las risueñas y pintorescas aldeas, tendidas sobre una alfombra de esmeralda, orlando las márgenes del lago, como cándidas palomas tendidas muellemente junto a las salobres ondas que van a expirar murmurando suavemente a sus pies.

Clotilde no pudo por menos que tender la vista por la inmensa llanura de agua que la rodeaba, y quedar admirada del bello panorama que se descorría ante sus ojos.

Parecíale aquél un inmenso espejo donde los astros se miraban, y cuyo brillante marco lo formaban las esmaltadas praderas, cubiertas de árboles y flores, que embalsamaban la atmósfera, sirviendo de ricas molduras y relieves, los poéticos caseríos y la cadena de montañas que se perdían en el horizonte.

Cuando más extasiada se encontraba contemplando el admirable conjunto de lo que la rodeaba, fueron a estremecerla las roncas y destempladas voces de los remeros que gritaban con áspero acento: «¡Ave María!»

—¿Qué es eso? ¿hay algún peligro?—preguntó Inés asustada y viendo palidecer a la joven.

—No, señorita —contestó el patrón—; es que hemos llegado a la cruz que se levanta en la mitad de la laguna donde los remeros tienen por costumbre bendecir el nombre de la Virgen María.

Inés y Clotilde, tranquilizadas con aquella explicación, asomaron la cabeza por la ventana, y vieron, en efecto, en medio del lago, elevarse una cruz de madera, que sirve de señal a los pasajeros para indicar que están a la mitad de la jornada.

La vista de aquella cruz, en medio de las durmientes aguas, no pudo menos que causar una grata emoción en las almas religiosas de Inés y de Clotilde.

Se encontraban en el centro de aquél lago que enlazaba a las dos antiguas rivales, Texcoco, Tenoxtitlán, tocando con un brazo o canal a la primera, y con otro a la segunda.

Tiernamente conmovidas por el signo de la redención, que parecía elevarse al cielo de la blanca espuma de las ondas, dirigieron la vista hacia todos los confines de aquel escondido mar, y quedaron mudas de asombro ante el sublime panorama que desde allí se descorría majestuoso y esplendente.

Nunca la fecunda imaginación de los poetas ha podido presentar en las doradas páginas de sus sentidos libros, lo que la rica naturaleza ostentaba risueña en aquel punto.

Las blancas aguas de aquel redondo lago, bañadas por los llameantes rayos de un sol esplendente, remedaban una inmensa llanura de bruñido cristal, bajo cuya transparente superficie cruzaban millares de variados peces de brillantes escamas; y los poéticos pueblecitos que al salir del estrecho canal de México, y al penetrar en el lago llevan, empezando por la orilla izquierda, hasta concluir la pintoresca laguna, los nombres de: La Villa, Punta del Río, Zacualco, Santa Clara, Tupeclaque, San Cristóbal, Totolzingo, Tepexpam, Ixtapa, Nexquipayac, Atengo, Magdalena Topuila, Texcoco, San Bernardino, Montecillo, Chimalhuacán, San Agustín, Tecamachalco, Los Reyes, Santa Marta, Peñón, Santa Cruz, y otros, que circundan el espacioso lago encerrándolo en un círculo de risueñas casas, parecían otras tantas candidas gaviotas que descansaban tranquilas a orillas de las serenas aguas.

En medio de aquel variado cuadro que ostentaba la maravillosa ciencia de su admirable autor, se destacaban las dos altísimas montañas: el Popocatepetl, «la montaña que humea», y el Iztaccihuatl, o «la mujer blanca», ambas cubiertas de nieve, y elevándose majestuosas hasta el cielo, como dos titanes de blancas vestiduras, tocando con sus brillantes cascos el trono de Saturno.

El corazón de la sensible Clotilde se conmovió de asombro ante aquel conjunto de maravillas que ostentaba el libro de la creación.

Aquél era el poema de la fecunda y pródiga naturaleza, patentizado en sus brillantes páginas de rima celestial, escritas por la divina mano del Infinito, la sublime grandeza, el intenso amor, el poder sin límites y la perfecta sabiduría del Hacedor Supremo: un himno de dulcísima armonía que las ondas, las aves, el céfiro, las sonantes ramas y las flores, elevan en admirable y cadencioso coro al Divino Artífice de la creación.

Los remeros, divididos en dos grupos de a cuatro hombres en cada uno de los costados, en mangas de camisa, arremangado el pantalón hasta más arriba de la rodilla, y dejando correr por sus cetrinos rostros el copioso sudor, introducían el largo remo hasta tocar en el fondo, y oprimiendo el otro extremo con el pecho, hacían caminar con tal rapidez el bote, como si fuera impelido por el viento.

En aquel momento venía haciendo esfuerzo por pasarlo, una de las canoas trajineras que recorren la línea de Texcoco.

Un hombre colocado de pie encima del techo de la canoa y guardando perfectamente el balance de ella, agitaba las manos gritando a grandes voces a los remeros que se empeñasen en pasar el bote.

Entonces empezó la competencia entre los remeros del bote y los de la expresada canoa.

Los de ésta, en pasar al primero; y los de aquél, en dejarla atrás.

Cada cual quedaba triunfante en aquella especie de regata.

Los indios remeros, colocándose uno tras de otro, y apoyando el pecho en el mango del remo, metían el otro extremo, lo afirmaban en el poco fondo de la laguna, empujaban las barcas bajando desde la punta de la proa hasta su remate uno tras de otro, volviendo a subir, levantando el remo en alto con ambas manos para volver a continuar lo mismo sin estorbar a los compañeros que bajaban cuando ellos se dirigían de nuevo a la punta de la proa.

Inés y Clotilde, mirando que podían hallar una distracción agradable y nueva en aquella inofensiva competencia, entre los indios remeros de la canoa y los que conducían el bote, se colocaron perfectamente para ver quién se llevaba el triunfo de la regata.

Los indios de una y otra embarcación, procurando alcanzar la gloria, remaban con fuerza y sin descanso, manifestando una infatigable naturaleza.

—¡Avancen, muchachos, avancen! —gritaba el hombre que iba de pie sobre la cubierta de la canoa trajinera—. ¡No hay que dejarse vencer; el caballo corre más que la sota! ¡Adelante!

Y los remeros, estimulados por aquellas palabras, se afanaban por pasar al bote.

Pronto se puso la canoa al costado de éste.

El hombre, entonces, volvió a dar nuevos gritos animando a los remeros.

Inés y Clotilde, al verlo tan cerca, alzaron los ojos para fijarlos en él, y ambas quedaron asombradas.

—¡Es don Diego! ¡el esposo de Elisa!—dijo Inés.

—En efecto —contestó Clotilde—. Pero usted me aseguró que estaba ya aliviado, y según sus gestos y actitud, no creo yo que se halle en muy cabal juicio.

—Esa misma opinión he formado al verle y oírle. Sin

embargo, me habían asegurado que había casi recobrado su razón, y que los aires del pueblo a donde lo había llevado un amigo, como te tengo dicho, le han probado perfectamente.

—Pues no da muestras de estar muy cuerdo; y si no, vea usted qué gestos hace y qué gritos da.

Y en efecto, Diego, sonriendo como un insensato, con la mirada vaga, y moviendo sin cesar los brazos, gritaba de nuevo a los remeros con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Adelante, muchachos; que el caballo corre más que la sota!

Y los remeros de la canoa se afanaban por pasar al bote, que a su vez procuraba dejar atrás a la primera.

Pocos minutos después, la canoa trajinera enarbolaba una bandera encarnada.

Era la señal de triunfo; de que había dejado atrás a su competidor.

Diego, colocando un pañuelo en la punta de un bastón, y agitándolo en el aire, seguía gritando:

—¡El caballo corre más que la sota! ¡Ganó el caballo, ganó el caballo!

Y saltaba y bailaba de alegría.

De repente, y como si le asaltase una terrible idea, dejó aquellos movimientos, y se quedó con los brazos cruzados, fija la vista en el agua, y demudado el semblante.

Al extraordinario placer que poco antes había manifestado, sucedió el abatimiento más profundo.

A la animación efectuada en un sér a la vista de la competencia del bote y la canoa, le siguió un desaliento y tristeza terribles.

¿Por qué?

Preciso es decirlo.

Diego, aunque como le habían asegurado a Inés había logrado algún alivio en su cura, estaba muy distante aún de disfrutar de cabal juicio.

Había desaparecido, sí, aquella idea constante al juego; pero cualquier competencia que advirtiese entre distintos individuos sobre el asunto más extraño, le presentaba a su fantasía el juego; la disputa de una carta contra otra.

Por eso, al ver la competencia de los remeros, se figuró que la canoa en que marchaba era el caballo, y manifestó la alegría insensata de que le hemos visto poseído; pero luego que aquella idea pasó, volvió a cobrar la razón, como le sucedía siempre, después de un acceso, y quedó

triste y abatido con la consideración del miserable estado a que se veía sujeto con demasiada frecuencia.

—¡Pobre hombre! —exclamó Clotilde—. Pero más pobre la desgraciada Elisa, que habrá quedado sola y afligida, cuidando de sus dos tiernas hijas.

E Inés y Clotilde continuaron hablando de la triste suerte de la desgraciada Elisa, mientras los remeros, perdida la esperanza de alcanzar a los que les habían pasado, remaban con menos brío y anhelo.

Landeta, el doctor y Duval, que habían ido entretenidos hasta entonces en una conversación de política, salieron a popa para gozar de la agradable brisa que en aquel momento rizaba la plateada laguna.

La perspectiva que se describía a la vista, era, a medida que avanzaba, más hermosa cada vez y más interesante.

Nuevos pueblecitos semicultos entre el espeso ramaje de los árboles, como otros tantos nidos de palomas, bordaban los límites del lago, cuyas aguas han disminuído considerablemente desde la conquista, por la rapidez de la evaporación en estas elevadas regiones; pero sin que por esto haya disminuído en belleza el hermoso paisaje que entonces presentaba.

De repente se presentó a la vista de los viajeros el grandioso bosque de San Salvador Atenco, que sobrenadando a la ruina y destrucción de otros mil que embellecían el exuberante suelo de los aztecas, ostenta sus corpulentos y antediluvianos árboles, como las páginas vivientes de las vicisitudes que han trabajado los imperios.

A un lado, y levantándose esbelta entre una alfombra de verdura y matizadas flores, se descubre la antigua y populosa ciudad de Texcoco, que significa «lugar del descanso», risueña y tranquila como la Ceres de la fábula, con sus blancas torres y sus pintadas casas, cercadas por todas partes de verdes praderas y fértiles haciendas, como una virgen de Rafael o de Murillo, encerrada entre las brillantes esmeraldas de un relicario.

Aquella era la antigua Atenas de Anáhuac, la universidad del Nuevo Mundo; la suntuosa corte de Nazahualcoyolt, uno de los príncipes más grandes del continente americano; poeta y legislador, que, al recobrar el trono usurpado por el rey de los tepanecas, y decirle sus favoritos que se vengase de los que se habían unido al usurpador, contestó: «que el monarca podía castigar; pero que la venganza era indigna de él».

Aquella era la ciudad privilegiada de las ciencias en el Nuevo Mundo, donde la música, la poesía, las artes, la astronomía, la historia y la cronología, se cultivaban con admirable aprovechamiento, bajo el feliz reinado de Nezahualcoyotl, que, semejante al Apolo de la mitología, fué favorecido por la naturaleza con extraordinarias y brillantes dotes, y muy singularmente, en la música y la poesía.

El bote entró por fin en el estrecho canal de la ciudad que tantos recuerdos antiguos y gratos evocaba.

Pronto llegó al sitio del desembarque, que dista como media legua de la población.

Un coche, arrimado a un costado de una casita que se alzaba frente al canal, les esperaba para conducirles a Texcoco.

Detrás de la casa, y al abrigo de la vista de los que desembarcaban, estaban dos briosos caballos, con plateadas sillas, perfectamente enjaezados, amarrados a una argolla.

Detrás de la vidriera de una ventanita, que miraba al canal, velada por una cortina encarnada, estaba un hombre, pendiente de las personas que saltaban a tierra.

Era un joven de arrogante presencia.

Junto a él, pero más retirado, estaba otro joven de varoniles y elegantes formas.

Los primeros que desembarcaron fueron Duval y Willey.

El joven que observaba, retiró la cabeza de la cortina para no dar lugar ni a que descubriesen el bulto; pero sin dejar por esto de mirar con el mismo interés que al principio.

Tras de ellos saltó Landeta, y poco después Inés y la hermosa Clotilde.

El joven que observaba se estremeció al fijar sus lánguidos ojos, velados por la tristeza, en la dulce fisonomía de la pobre expósita.

Landeta se aproximó a ofrecerle el brazo para que se apoyase en él; pero Clotilde suplicó la dejasen un instante con Inés para arreglarse el calzado, y don Emilio se alejó algunos pasos, marchándose a reunir con Duval y el doctor que se habían adelantado un poco.

Por una de aquellas casualidades que acontecen en la vida, la hermosa joven, en vez de dirigirse a otro sitio, se aproximó a la ventana, detrás de la cual se hallaba el hombre que la miraba de hito en hito sin apartar los ojos ni un sólo instante de ella.

Clotilde estaba bella y seductora, como el blanco lirio bañado por la suave y nacarada luz de la naciente aurora.

Sobre su ovalado y apacible rostro, velado por esa dulce melancolía de mística suavidad que comunican al rostro virginal de la mujer, ese espiritualismo que hechiza, que conmueve y cautiva, resbalaba levemente el desleído carmín que la agitación y los rayos reverberantes del sol habían comunicado a las virgíneas mejillas de la hermosa.

Leopoldo palideció y contuvo los fuertes latidos del corazón que saltaba dentro de su pecho, al ver acercarse al ángel de sus amores, bello y vaporoso como la mirífica creación de un amoroso ensueño.

Una emoción profunda embargó su alma, y con dificultad pudo mantenerse en pie.

El temor estaba retratado en su semblante.

Sin embargo, una mano, impelida por una fuerza de voluntad suprema, abrió con precaución y sin hacer el más leve ruido, parte de la hoja de la ventana, y dejó caer a los pies de la joven un pañuelo azul celeste y caña, sin que lo advirtiese la hermosa Inés, que estaba vuelta hacia el canal en tanto que Clotilde se componía el calzado.

La seductora joven alzó asombrada la vista, y en sus sonrosadas mejillas exprimió el pudor el virginal carmín de la inocencia, al encontrarse sus ojos con los tiernos, dulces y amorosos de su inolvidable Leopoldo.

Clotilde iba a exhalar un grito de placer; pero Leopoldo llevó a los labios el dedo índice en señal de silencio, y la hermosa lo ahogó dentro de su pecho para no llamar la atención de los que a pocos pasos de ella estaban esperándola.

Entonces, inundada de placer, recogió el pañuelo que ya otra vez había servido de intérprete a los sentimientos de su amante; sacó del bolsillo un tornasolado, que también ha figurado en uno de nuestros capítulos de nuestra historia; lo arrojó dentro de la pieza; envió a Leopoldo en una mirada toda la pasión, toda la ternura, todo el sentimiento de su alma, y se aproximó a la comitiva, inundada de celestial consuelo, sin que nadie hubiese advertido aquella escena, que fué rápida como una exhalación.

Los dos amantes que pocos momentos antes se encontraban agobiados por la melancolía y el dolor, entonces se juzgaban los más felices de la tierra.

¡Con cuán poco, al parecer, se contentaba el alma de los enamorados! Pero, ¡con cuán poco también se alarma, se entristece, llora y pierde la tranquilidad!

La menor atención, la más ligera muestra de ternura, se recibe como el mayor bien de la tierra, como el tesoro

de más valía que encierra el mundo; así como el más ligero descuido, la más involuntaria distracción o desfavor se tiene por el más cruel de los tormentos que puedan sobrevenir a la criatura humana.

Clotilde no había recibido más que un pañuelo; y su corazón se inundó de placer como si hubiera tocado la suprema felicidad reservada a los ángeles.

En Leopoldo se había operado la misma mutación. ¿Qué valor, pues, encerraba aquel ligero presente que mutuamente acababan de hacer? Material, ninguno; espiritual, sin límites.

Cada uno de aquellos pañuelos contenía en la combinación de los colores, un poema de sentimientos amorosos de rima celestial, que vertía en el alma de los goces inefables de la gloria.

La reunión del azul y caña que matizaba la prenda arrojada por el artista Leopoldo, indicaba este concepto tierno y apasionado que revelaba la intensidad del amor más vehemente: «Acordaos de mí; no me olvidéis.»

¿Qué más pueden anhelar los amantes que el convencimiento de la fidelidad del objeto amado?

Clotilde subió al coche con menos dificultad que la que hasta entonces había tenido por el estado débil de su delicada salud.

Todos notaron este feliz y repentino cambio, y lo atribuyeron a la benéfica acción que empezaba a operar en ella el cambio de temperatura.

El carruaje, al estar dentro las otras personas que le acompañaban, partió velozmente con dirección a Texcoco.

En el mismo instante dos arrogantes jóvenes montaban en los caballos que estaban amarrados detrás de la casa.

Eran Leopoldo y Núñez que, satisfechos de la escena que acababa de tener lugar, se disponían a seguir al carruaje para conocer la casa en que se había propuesto vivir la familia de Landeta.

## CAPITULO XIX

### Toros de aficionados

Leopoldo y Núñez, después de haberse cerciorado del sitio en que vivía Clotilde, y de haber almorzado en la mejor fonda de la población, recorrían la antigua ciudad de Texcoco tan llena de recuerdos históricos y de atrac-

tivo para todo aquél que, como ellos, está dotado de una vasta instrucción, de un gusto exquisito y de una imaginación de artista y de poeta.

Allí convenían, por cálculos probables, sobre el lugar en que debió estar situado el edificio destinado al llamado tribunal extraordinario, cuyos socios se formaban de las personas más instruidas del reino, pues para pertenecer a él, no se hacía caso del nacimiento ilustre, ni del parentesco, sino del mérito de la persona: tribunal, por lo mismo, popular y respetable por su saber, que decidía sobre la aptitud de los profesores en los varios ramos de las ciencias, sobre la fidelidad de la enseñanza que recibían los discípulos, cuya falta era castigada severamente, y que estableció los exámenes de éstos últimos, propios para despertar la emulación, tan fecunda siempre en excelentes resultados.

Parecía ver aquella reunión de sabios y antiguos texcocanos, aquel consejo general, encargado de dirigir la educación del país, reunido en determinados días, en uno de los regios salones, escuchar de boca de los poetas y de los historiadores, recitar ya sus melancólicas poesías, ya sus composiciones históricas, ya sus asuntos tradicionales, y ya, en fin, las máximas de moral, propias para morigerar las costumbres, que eran premiadas, según su mérito, por las testas coronadas del imperio que asistían a estos certámenes, y los presidían de los ricos asientos que estaban destinados a ellos.

Al meditar en esto los dos excelentes amigos, no extraña que Texcoco, como lo afirma la historia, hubiera sido la cuna de los más afamados historiadores, poetas y oradores de aquella época en el Nuevo Mundo. Sabían que sus archivos dispuestos cómodamente en el palacio del príncipe Nezahualcoyotl, que descollaba como el primero entre los ilustres vates de su imperio, estuvieron provistos con los anales de las edades primitivas, y no se sorprendían, por lo mismo, de que su idioma, mucho más culto que el mexicano, y el más puro de todos los dialectos «nahualtecos», fuese el que continuó usándose después de la conquista, y en el cual se compusieron las mejores producciones de las zonas nativas.

Allí se presentaban a la fecunda imaginación de nuestros dos jóvenes, los soberbios palacios que mandó edificar el poderoso rey de Texcoco, para constante morada de los nobles del reino: el magnífico conjunto de edificios que servían para la residencia real y para las oficinas públicas. Conjunto que se extendía de Oriente a Occidente, 1234